

Una Coincidencia Irónica y Curiosa

Acerca de: *Modern Corporation and Private Property*,
de Berle y Means

Por Djâcir MENEZES

De la Universidad de Brasil. Colaboración especial para el número conmemorativo del vigésimoquinto aniversario de la Revista Mexicana de Sociología, vertida del portugués por Oscar Uribe Villegas.

ESCRIBÍ, hace pocos años, el prefacio de la traducción brasileña de *The Modern Corporation and Private Property*, de Adolf A. Berle y Gardiner C. Means, a invitación de Olavo Miranda, quien se esmeró en presentar la versión a la altura de la fama que el libro se había granjeado. El traductor sabía de mi admiración por el trabajo de aquellos dos autores por referencias que le hice. Ciertas restricciones sobre la exageración de considerar la transformación sufrida por la gran empresa como una revolución en la economía capitalista no alcanzaban al tema central del libro o sea, por decirlo así, a su médula ideológica, que testimoniaba la agudeza de observación y de análisis de los dos escritores.

¿Cuál era esa idea fundamental? La siguiente: El crecimiento enorme de la empresa, al concentrar y centralizar el ahorro esparcido, gracias al mecanismo crediticio que operaba sintonizado en cuanto a intereses con la sociedad anónima, permitió que los detentadores de una pequeña parte del capital social ejerciesen dominio sobre una voluminosa fuerza económica, a la que se agregan disimulados atributos políticos. La contaminación era inevitable dentro de las relaciones sociales del Estado. Para aquellos dos autores (y podría agregar también a George Rippert, en Francia), el principio económico de la iniciativa individual, en la empresa industrial, sufrió un ataque muy serio, y se produjo “la disolución del átomo de la propiedad, destruyéndose los verdaderos funda-

mentos sobre los que reposó durante tres siglos el orden económico del pasado".¹

¿Qué fenómeno terrible habría sido ése, capaz de provocar tamañas consecuencias en el orden de cosas vigente en el alto capitalismo? Fue la separación de la propiedad y del control de la empresa, a través de la multiplicación de propietarios accionistas. Esa separación comporta gradaciones. Otrora, la mayor parte del capital social estaba en manos de elementos activamente interesados en el control, del cual participaban de un modo directo. La escisión entre propiedad y dirección se realizaba sólo para la minoría excluída. Pero eso cambió. "Frecuentemente, sin embargo, la propiedad se encuentra tan ampliamente diseminada, que el control efectivo puede ser mantenido mediante la participación de una minoría. Se sabe bien que la familia Rockefeller, por ejemplo, posee porciones del capital social en muchas sociedades de la 'Standard Oil', y en el caso de la 'Standard Oil de Indiana' tal participación llega difícilmente a un 14.5% combinada a la posición estratégica de sus detentadores, lo que demostró ser suficiente para el control de la sociedad. En tal caso, el monto de la propiedad, virtualmente, carece de control. La separación de la propiedad y del control se vuelve casi completa cuando ni siquiera existe esa minoría substancial de participación como en la 'American Telephone and Telegraph Company', cuyo principal accionista detenta menos del 1% del capital social".²

A través de la tesis referida, Berle y Means aluden a la formación de esos "imperios económicos" que se dilatan dentro de la nación y destienden sus tentáculos por las fronteras, hacia afuera. No discuten los aspectos sociales y políticos de tales dilataciones, lo que ciertamente desfavorecerían los puntos de vista que defienden. El pueblo estadounidense llamo "*octopus*", pulpo, ese organismo tentacular que señorea mercados, se insinúa en la admiración pública, inspira política colonizadora, provoca perturbaciones en diversos puntos del planeta. Sin embargo, lúcida-mente, exponen la razón por la que pasó a un primer plano el principio de la competencia oligopólica, dejando atrás, en la historia del capitalismo, el cuadro clásico del liberalismo económico en donde esté funcionada, según la imagen de Adam Smith: el dedo invisible de la Providencia, que promovía el equilibrio "natural" de las fuerzas económicas.

Pero, la "separación", comparada a la fisión del tomo de la propiedad (y esa analogía es un tanto estrepitosa), no cambió la fisonomía del siste-

¹A. A. Berle Jr. and Gardiner C. Means, *The Modern Corporation and Private Property*. The Macmillan Co. New York, 1947, p. 8.

²*Idem, ibidem*, p. 4.

ma, como vaticinan los autores: suscitó la creación de nuevas posibilidades de expansión. La importancia del tema desafiaba la penetración analítica de los autores que, encastillados en el punto más alto del desenvolvimiento capitalista del mundo actual, había sorprendido la nueva configuración y delineado su primer contorno histórico. Así se pensaba y admiraba. Y se proclamó así en los arrabales universitarios en los que habitamos.

Los tiempos corren, las lecturas continúan y he aquí que en un bello día de holganza, al tratar de verificar la cita de Joan Robinson sobre las raíces marxistas de la crisis, comienzo a releer el tercer volumen de *Das Kapital*, de Karl Marx. Todo estudioso sabe que aquel volumen tercero fue compilado pacientemente, a partir de un acervo de cuadernos, notas, borradores, que Federico Engels sacó del caos, corrigiéndoles la gramática, el estilo, la doctrina. Era el coautor infatigable, capaz de concadenar el material enorme y difuso en textos inteligibles y coherentes. Sin embargo, sólo hacia 1894 pudo ver la luz. Surgieron entonces polémicas, esparcidas y flojas. Parece que los remiendos y la supresión de lagunas llevados a cabo por el colaborador dedicado, despertaban la sospecha de que se trataba de algo embrionario, que se imponía a la vida antes de tiempo, antes de completar su maduración. A los ojos de algunos recalcitrantes, la teoría del valor-trabajo, arduamente argamasada en el primer volumen, habría sufrido una deformación, se habría desfigurado y habría perdido sus bases —tesis que enseñó a los socialistas y los dividió más aún—. El reformismo se recrudeció, aprovechando la brecha que se abría en el muro de la fortaleza. El hiato, que para los conocedores de la dialéctica hegeliana sería explicable, para los adversarios no pasaba de ser una renegación de las premisas. Al considerar el problema desde el ángulo de la macroeconomía —como se diría hoy— Marx adoptaba puntos de vista diferentes de los que había formulado antes. Pero no he de entrar aquí en el debate del problema. Sólo me refiero a lo que se argüía. No es ese, sin embargo el punto sobre el que pretende incidir la presente nota. Si lo menciono, es ilustrativamente, a título de simple información *a lettere*. Sin embargo, en el volumen tercero, pretendió dar Marx una visión total del funcionamiento del sistema capitalista. Emprendió entonces el análisis de los desajustes, que ahora se definen, como se dice, en términos de macro-economía. Y al tocar el problema de la organización de las sociedades anónimas, habla claramente de la misma “escisión” o “separación”, enarbolada ahora como *leit motiv* del libro de Berle y Means, cuando dice:

“El capital, que reposa en el modo de producción social y presupone

concentración social de los medios de producción y de las fuerzas de trabajo, toma directamente la forma de capital social (capital de individuos asociados directamente), oponiéndose al capital privado, y sus empresas se presentan como empresas sociales en oposición a las empresas privadas. Es la supresión (*Aufhebung*) de los capitales como propiedad privada, dentro de los límites del propio modo de producción capitalista”.³

Y ¿cómo se pronuncian Berle y Means sobre el mismísimo tema? En la forma siguiente.

“Al examinar la ruptura del viejo concepto, que era la propiedad, y la vieja unidad, que era la empresa privada, es evidente que tratamos de grupos no sólo distintos, sino opuestos muchas veces, propiedad por un lado, control por el otro: un control que cada vez más tiende a alejarse de la propiedad y a quedar, en último término, en manos de los propios administradores, administración capaz de perturbarse en sus posiciones”.⁴ “El cambio de las relaciones societarias implica incuestionablemente una alteración esencial en el carácter de la propiedad”.⁵

Ahora, volvamos a leer de nuevo a Marx: “La transformación de los capitalistas realmente activos (*Wirklich fungierenden Kapitalisten*) en simples directores, administradores de capital extraño y propietarios de capitales, en meros propietarios, en meros capitalistas financieros... La propiedad del capital está totalmente separada de la función en el proceso de reproducción como tal función en la persona del director capitalista”. Explica también, a mitad del párrafo: “En la sociedad por acciones, la función está separada de la propiedad de los capitales (*in den Aktiengesellschaften ist die Funktion getrennt vom Kapitaleigentum*), como también está el trabajo totalmente separado de los medios de producción y de la plusvalía. Es el resultado supremo de la producción capitalista”.⁶ Anteriormente, Marx anotaba: “Las sociedades por acciones — expandidas por el crédito— tienen la tendencia a separar cada vez más el trabajo de administración como función distinta de la propiedad del capital, propio o no...”⁷ Y los “managers”, que muchas veces no poseen capitales, se convierten en “funcionarios” en cuanto el capitalista financiero

³ Marx, *Das Kapital*, Berlin, 1929, III, t. 1, p. 382.

⁴ Berle y Means, *Opus cit.*, p. 124.

⁵ *Idem, ibidem.*, p. 355.

⁶ Marx, *Op. cit.*, p. 383, “...haben die Tendenz, diese Verwaltungsarbeit als Funktion mehr und mehr zu trennen von dem Besitz des Kapitals”, sei es eigenes oder geborgtes...

⁷ *Idem, ibidem.*, p. 336. También: “Es producción privada sin control de la propiedad privada”, p. 384.

pasa a ser “personaje superfluo”, desapareciendo del proceso de producción”.⁸

Ese absentismo del proceso productivo, en cuanto su dirección pasa a manos de los técnicos (de los “funcionarios” dice Marx) es, sin ningún disfraz, la misma idea que Berle y Means descubrieron y enhestaron. ¿Qué significa esa “tecnología puramente neutra” en la que va a desembocar su argumentación? Con otras palabras, es la constitución de ese “funcionario” del que habla Marx. ¿No es dicho “funcionario” el mismo gerente de la “revolución” proclamada también por Burnham y otros escritores turbulentos? Es ahí donde aumenta más lo pintoresco de la historia. En un libro posterior, el señor A. A. Berle Jr., se refirió muy desdeñosamente al hecho de que el pensamiento económico se empeñara en “clichés descriptivos” inadecuados para interpretar el “capitalismo revolucionario de mediados del siglo xx”. ¿Por qué? Porque tienen “depósitos de verborrea relegada de edades históricas pasadas”.⁹ Entre los sedimentos fosilizados, petrificados en dogma, estaría el instrumento marxista, al servicio de los ataques comunistas con *wearing iteration*. Pero, es precisamente en ese depósito arcaico en el que se encontraba la idea central del libro celebrado. Ahí estaba la idea matriz que los dos escritores desenterraron. No, no desenterraron. Ellos no circulan por esos parajes del “submundo” de que hablaba Keynes. Fue una coincidencia. Pero, en torno de esa idea, Berle y Means pensaron su obra, entreverándola de reflexiones sabias, con estadísticas, como suelen hacerlo los metódicos. Exhumada sin saberlo, del tercer volumen de la biblia socialista, resplandeció como definición de los nuevos rumbos del alto capitalismo...

Toda esta crítica que he hecho, con las anotaciones del pensamiento de Marx, fue divulgada hace ya casi dos años en la Revista Brasileña de Economía.¹⁰ En 1961, el señor Sam Aaronovitch publicó un detenido examen del capital financiero británico con el título de *The Ruling Class*¹¹ y descubrió la misma coincidencia maligna apuntada anteriormente por mí: “A primera vista —dice— parece que Berle hubiera copiado a Marx. De hecho, le parodia”. Y, como parodia, tiene sus discrepancias, que se disimulan. La minoría de técnicos y directores de las mayores firmas inglesas —argumenta Aaronovitch— constituye el “estrato” que eliminó

⁸ *Idem, ibidem*: “...bleibt nur der Funktionär und verschwindet der Kapitalist als überflüssige Person aus dem Produktionsprozess”, p. 336.

⁹ Adolf A. Berle, Jr., *The 20th. Century Capitalist Revolution*, Harcourt Brace and Co., N. Y., 1954, cap. I.

¹⁰ *Revista Brasileira de Economia*. Ano XIV, número 3, setembro de 1960, Rio.

¹¹ Sam Aaronovitch, *The Ruling Class: A Study of British Capital*, Lawrence and Wishart, London, 1961.

al capitalista. Lo eliminó aparentemente, sin intervenir en las relaciones fundamentales del proceso económico. Eso ha llevado a muchos estudiosos a insistir en la necesidad de arrumbar las categorías clásicas y, sobre todo, a no emplear los conceptos de "capitalismo" y "capital" por no corresponder a realidades exactas. Pero, el juego ambiguo aparece exactamente cuando se omiten esos conceptos. Observa Aaronovitch que "Marx aseveró que el capitalista era *suprefluo* en el proceso de la *producción* (podría morir hoy y todo continuaría ocurriendo normalmente), pero no que desaparecería de la sociedad. Perdió la dirección, pero no perdió los beneficios, lo cual es muy distinto. La oligarquía de los gerentes, que hizo su aparición, ejercita las funciones que resultan del sistema. Y, como decía un viejo proverbio: "todo continúa como antes, en el cuartel de Abrantes"

Pero, la parodia de Berle y Means es curiosa. Repito que no deja de ser una coincidencia divertida. Si, lector benigno, coincidencia burlesca, ironía del acaso, ocaso de los dioses.